

MARÍA GUDÍN

Mar abierta

Grijalbo

Primera edición: junio, 2016

© 2016, María Gudín

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Mapas del interior: © 2016, Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-5434-2

Depósito legal: B-7.299-2016

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Unigraf
Móstoles (Madrid)

GR54342

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi madre, centro de mi familia, la mejor asesora,
una mujer moderna e inteligente*

Hay tres clases de seres humanos: los vivos,
los muertos y los que se hacen a la mar.

ANACARSIS, siglo VI a.C.

PRIMERA PARTE

Len

Oak Park

Santo Domingo, abril de 1655

A veces aún me despierto con el recuerdo del roble centenario en lo alto de la loma que desciende hacia el vado de las ovejas. Tras la loma se oculta Oak Park, la Casa del Roble. Siempre es el mismo recuerdo, reiterativo, y en él me veo corriendo hasta llegar al árbol que da nombre a la propiedad. Desde allí se divisa la gran mansión de piedra donde me crié y adonde quizá ya no retorne nunca más.

En el jardín posterior, junto a la casa, una figura, pequeña en lo lejano, me busca nerviosamente. Piers... Debe de estar pensando que una vez más me escabullo de las lecciones, que mademoiselle Maynard se enfadará y ordenará que me encierren en el cuarto oscuro en los sótanos, en el lugar donde se rumoreaba que se oían ruidos raros. Donde, aún hoy, se oculta un secreto atroz.

Entonces Piers me ve y agita las manos, indicándome que baje. No le hago caso. Mientras él sube por la colina, doy vueltas alrededor del tronco girando y girando como una peonza hasta que me mareo y caigo al suelo riéndome. De repente, Piers está junto a mí, enfadado y, pese a todo, sonriente.

En aquella época yo era aún una niña, pero el amor que me llenaba el corazón no es menor al que le tengo ahora, cuando ha transcurrido tanto tiempo sin verle. Últimamente su rostro

se me ha ido desdibujando en la mente y quiero que vuelva, atraerlo de nuevo hacia mí.

Por entonces el sol que atravesaba las ramas del roble me parecía cálido, quizá porque él, Piers, estaba conmigo; sin embargo ahora, que vivo en un lejano y ardiente lugar del trópico, pienso en el verano de las tierras inglesas y reconozco que el sol de mi pasado era tibio, incluso frío.

Nunca hablo del ayer, que se me almacena en la memoria de un modo amargo y dulce a la vez. Llevo largo tiempo sin apenas pronunciar palabra. Sospechan que me he vuelto loca, que los ingleses, con quienes transcurrió mi infancia, me maltrataron o quizá me embujaron. No es cierto, aunque no me importa que lo crean así. Piensan que no entiendo bien el habla hispana, de sonidos recios, la lengua que un día aprendí de mi madre. No la he olvidado, pero prefiero guardar silencio.

Desde que llegué aquí, al lugar donde vive mi tío, en la lejana isla de La Española, a menudo me encuentran ensimismada y, cuando me hablan, les respondo con monosílabos o con muy escasas palabras. Al principio mi tío hizo venir a físicos que me practicaban sangrías, y luego a monjes dominicos de capas negras que me echaban agua bendita intentando que el diablo —decían que un demonio me había poseído— me abandonase. En su preocupación, no ha mucho tiempo, mi señor tío, el excelentísimo don Juan Francisco de Montemayor y Córdoba de Cuenca, oidor decano de la Real Audiencia de Santo Domingo, incluso llegó a traer a un brujo de un poblado próximo, un mulato cubierto con una máscara que comenzó a dar saltos mientras golpeaba rítmicamente un pequeño tambor. Al ver el espectáculo me entró una risa absurda, que contuve unos momentos hasta explotar. Mi tío debió de confirmar con aquello sus sospechas sobre mi locura. Hizo salir al hombre y me habló seriamente pidiéndome que guardase la compostura. Cesó la risa loca y comencé a llorar.

Creo que fue doña Luisa Dávila quien sugirió que mis pesares terminarían si yo le relataba a una buena cristiana, como

cree ser ella, lo ocurrido tiempo atrás en tierras inglesas, en esa nación descreída y cismática. Para lograr ese fin, comenzó a acosarme con preguntas y a obsequiarme con una oficiosidad importuna y ridícula. Cuanto más inquiría ella, tanto más me callaba yo; y es que la dama me provoca rechazo y cierta repulsión. Quizá me recuerda a Elizabeth Leigh, la elegante hermana de Piers, a quien no puedo menos que atribuir gran parte de nuestras desgracias. Así que mi tío, al notar que yo me encerraba aún más en mí misma, le pidió que me dejase tranquila. La entrometida de doña Luisa nos ofreció entonces a Josefina, una esclava negra con fama de sanadora, para que me cuidase e intentase curarme la locura.

Mi señor tío, a quien yo desconocía antes de llegar a la isla, dudó pero terminó por aceptar. No entendía entonces ni entiende ahora lo que me ocurre y no sabe bien qué hacer. Me doy cuenta de que a veces me mira pensativo: a esta sobrina de cuya existencia se enteró recientemente, a esta mujer joven herida por la pesadumbre de un pasado del que no quiero hablar porque me tortura.

Me gustaría realmente haber perdido el seso, ser una demente a la que los recuerdos se le han borrado de la memoria. En cambio me atormentan, tornan una y otra vez, como en una bruma, y hacen que permanezca callada. Ahora que he entrecerrado los ojos y comienzo a dormir, en mis sueños hay sangre, gritos, fuego, el olor de carne y madera ardiendo, los soldados parlamentarios, los terribles Cabezas Redondas, entrando en Oak Park, quemando el parque y destrozando la casa de los Leigh. Una vez más, grito al despertarme.

Se han debido de escuchar mis quejidos. Golpean con suavidad la puerta y, sin esperar respuesta, entra Josefina, la criada negra. La oigo regañarme por lo bajo mientras cruza mi habitación:

—Señorita Catalina, esto no está bien. Las ventanas son para abrirlas...

Es cierto. En mi cuarto no penetra el sol porque no lo dejo

pasar; me suele doler la cabeza y la luz brillante del trópico me molesta.

Pese a mis protestas, la negra descorre con energía los cortinones y una cálida brisa húmeda y la luminosidad del exterior inundan la estancia. A contraluz, se dibuja el contorno de Josefina con sus pechos voluminosos y su cabeza grande, leonina. Cuando se gira, dando la espalda a la ventana, me envuelve con su sonrisa de boca inmensa, labios gruesos y dientes mellados, y me mira con sus ojos joviales, sin pestañas pero de mirar dulce, de un color castaño tan oscuro que es casi negro. Se mueve balanceándose con gracia, como un lento y panzudo barco en una mar calma, como el navío que me trajo hasta aquí. Josefina se acerca a la cama sin parar de parlotear con su cadencia caribeña; yo la escucho sin hacerle mucho caso, aunque me hace gracia su forma de hablar, zalamera y amable.

Cuando doña Luisa la trajo a casa la recibí con prevención, la consideré una espía de nuestra oficiosa vecina, deseosa de enterarse de mi pasado. La sierva se dio cuenta de que yo no tenía confianza en ella; sin embargo, no se sintió intimidada y, como yo no le dirigía palabra, ella empezó a contarme su historia. Al principio no atendía, pero después lo que me iba relatando entró en mi mente: su infancia en una tribu de África, la captura, los horrores del barco negrero, la llegada a Cartagena de Indias y, de allí, a La Española. Lentamente creció en mí una cierta simpatía y me compadecí de un pasado perdido como el mío. Las primeras palabras que articulé en mucho tiempo fueron de consuelo hacia ella. Desde entonces empecé a hablar algo más. Mi señor tío, al ver el cambio, le pidió a doña Luisa que le vendiese a Josefina, a lo que ella se negó. La esclava es una excelente curandera y partera, y la distinguida dama se cobra buenos dineros por los servicios que presta. Sin embargo doña Luisa, que deseaba estar a bien con mi tío, no sólo oidor decano de la Audiencia sino también gobernador provisorio de Santo Domingo, nos la dejó como sirvienta a cambio de una

pingüe compensación económica. Con frecuencia la negra desaparece para realizar los encargos que le ordena doña Luisa.

Desde que está con nosotros, muchas tardes Josefina se sienta junto a mí y, mientras permanezco acostada, me acaricia la mano que pende de la cama. Nos quedamos así muchas horas. Yo tendida, mirando al techo de vigas de madera sin verlo, evocando Oak Park, mis juegos infantiles, el amor en los verdes ojos de Piers, la guerra que asoló la casa, y ella a mi lado, envolviendo mis dedos finos y blancos entre los suyos, gruesos y negros, quizá recordando las tierras africanas donde aún mora su familia. Cuando estamos así se me calma el dolor, la desesperación se transforma en una tristeza algo más serena.

Hoy Josefina no me pregunta qué me pasa. Habla de las novedades en la ciudad, de la llegada del nuevo gobernador y de la flota mientras me obliga a levantarme, me peina y me sienta en el gran sillón frailerero. Canturrea cuando arregla la alcoba haciendo la cama, limpiando el polvo y fregando los suelos. Por el rabillo del ojo, vigila si estoy bien o necesito algo.

Afuera, sobre un arbusto, una cigua palmera desgrana su canto alegre. En el patio, una cotorra imita la voz de mando de mi tío. Al oírla sonrío y Josefina se alegra de ver aquel cambio.

Mientras la negra sigue trajinando, salgo a la galería porticada del primer piso a la que da mi habitación. Abajo en el patio los sirvientes entran y salen de las cuadras, con baldes de agua sucia que arrojan a los canalones del suelo de tierra. Al cabo de unos minutos de estar allí observándoles, ellos se dan cuenta de mi presencia y levantan los ojos, fijándolos en mí tal como se mira a las locas, con compasión a la vez que con recelo. Regreso a mi cuarto, donde Josefina ya casi ha acabado. Me asomo a la ventana, más allá fluye la caudalosa corriente azul del río Ozama, refulgente por la luz del sol y limitado a mi vista por las antiguas y gruesas fortificaciones donde se apoya la residencia de mi tío. Por él navega un galeón, aunque sobre

la muralla únicamente se divisan sus mástiles y las velas semi-desplegadas. Me abstraigo ante el sonido del puerto fluvial pero, para mí, en el mundo ya no hay nada, porque mi amor de infancia se perdió en las aguas de ese mar que parece ahora alegre y rutilante.

Las clases

Oak Park, verano de 1640

Me parece estar aún en la sala donde compartía estudios con las hermanas de Piers: Margaret y Ann Leigh. Recuerdo el ventanal de vidrio emplomado que abrían al llegar el buen tiempo y una brisa fresca moviendo las cortinas. Delante del mismo se situaba mademoiselle Maynard para explicar las lecciones con un acento inequívocamente francés. A menudo yo no la escuchaba; me distraía intentando divisar, a través del retazo de ventana, a Piers y a su hermano mayor, Thomas, quienes solían lograr que el señor Reynolds les permitiese terminar antes las clases para salir a galopar por los campos.

A la hora del almuerzo, nos reuníamos en un pequeño comedor cercano a la sala de estudios, donde comíamos con los tutores. Nos distribuíamos siempre de la misma manera: el preceptor de los chicos y nuestra institutriz frente a frente en el centro de la mesa, los chicos junto al señor Reynolds y las chicas junto a mademoiselle Maynard, dispuestos a ambos lados en orden de edad.

Como Piers y yo éramos los más pequeños nos sentábamos a uno de los extremos de la mesa. Nos dábamos patadas por debajo o nos hacíamos señas. Ann y Margaret, algo mayores que nosotros, ya no se sentían a gusto con nuestros juegos infantiles y nos mandaban callar o nos reñían diciéndonos que

estuviésemos quietos. Piers discutía tanto con ellas como se compenetraba con Thomas. Para Piers, que entonces tenía doce años, éste era más que un amigo; había sido su compañero de juegos pero, en la época en que yo llegué a Oak Park, Thomas Leigh estaba a punto de marcharse para iniciar sus estudios de leyes en Oxford y, como se consideraba mayor, le hacía menos caso. A Piers no le quedó más remedio que aceptarme si no quería aburrirse solo. Los dos éramos inquietos, hechos —ahora lo veo bien y es como si un trozo de mí misma me faltase— el uno para el otro. Teníamos ese mismo punto de humor que hace que dos personas se entiendan casi sin hablar. Jugábamos a trepar a los árboles, a escondernos o a reírnos con cuentos e historias graciosas... De cuando en cuando leíamos juntos algún libro o nos peleábamos, y aquellas trifulcas constituían parte de la diversión. Algunas veces, sobre todo en las lecturas, se nos unía Ann, que le llevaba unos dos años a Piers pero que se consideraba ya una damita, y procuraba actuar con decoro y compostura; en realidad, aún era una niña y, cuando la institutriz no se hallaba presente, participaba de nuestros juegos alocados.

En mi mente se ha fijado Ann Leigh como era entonces, cuando llegué a Oak Park. Una jovencita de cabello rubio ceniza más bien oscuro, en el que a veces brillaban hilos de oro bajo el sol, con unos grandes ojos azules de pestañas claras y la nariz fina y alargada. Era tímida y le gustaban la vida sosegada, los largos paseos por el campo, las veladas leyendo junto al fuego en la biblioteca. La de la casa de los Leigh estaba bien surtida, y Ann tenía preferencia por Shakespeare y los poemas de amor de John Donne. A veces ella y yo nos sentábamos en la parte posterior de la casa, bajo un abeto desde donde se divisaban la magnífica silueta de Oak Park, las ruinas de la abadía cubiertas por musgo, el estanque y los jardines. Allí, me iba leyendo historias de las que, a menudo, se inventaba el final.

Margaret, un año mayor que Ann, era más viva y alegre. Tocaba muy bien el clavicordio, era hábil en las labores, y ha-

blaba y hablaba mientras bordaba o cosía. Le encantaban los chismes y las habladurías, sobre todo de la corte, y lo único que le vi leer alguna vez eran los pasquines que conseguía a través de los criados o el preceptor de los chicos. Me parece escuchar aún su risa agradable y contagiosa ante cualquier anécdota o suceso que se comentase, captando siempre el aspecto cómico y divertido. Era una belleza escondida, que se descubría poco a poco, de piel blanca, ojos oscuros y cabello negro, un corte de cara ovalado y una nariz de suave curvatura aguileña.

Las dos hermanas disfrutaban con la música y la danza y me enseñaron a bailar. A mí me protegían; de algún modo, desde que llegué me consideraron su hermana pequeña. De hecho, la mayoría de objetos y vestuario que yo poseía los heredé de ellas.

Después del almuerzo había un tiempo obligado de reposo. Los maestros se retiraban a sus habitaciones mientras los niños teníamos que descansar o preparar alguna tarea. Piers y yo aprovechábamos aquellos momentos y nos escapábamos. Teníamos amenazadas a Margaret y a Ann para que no dijese nada. En los días cálidos corríamos por los campos, llegando al alto donde se sitúa el viejo roble y aún más allá, hasta la Torre de los Normandos, un antiguo torreón ruinoso, que se decía construido en tiempos de Guillermo el Conquistador para vigilar la cercana costa. Incluso nos metíamos en el río, atravesando el vado de las ovejas, o nos alejábamos hasta el acantilado y la playa.

En los más frecuentes días de lluvia recorríamos los pasillos, descubríamos los pasadizos que unían las habitaciones e incluso nos colábamos en el territorio prohibido de las cocinas tratando de escamotear algún dulce.

Las cocinas en Oak Park eran espaciosas, bien distribuidas. En el centro, un enorme horno siempre encendido caldeaba el ambiente. Había una sala aparte para las carnes donde un matarife preparaba ocas, venados y, en ocasiones especiales, carne

de ternera o de pato. La caza procedía de la propiedad. Al fondo, en otra sala, un panadero amasaba con fuerza la harina de la que saldrían panes, tartaletas, pastelillos y todo tipo de delicias. Recuerdo bien a Matt, el panadero que se encargaba a la vez de encender el horno, un hombre grande de piel cetrina, que a mí me parecía muy mayor, casi un anciano, pero que no lo debía de ser tanto, porque cargaba con destreza la gran pala de madera con masa fermentada que introducía en el horno. Se decía que había sido marino y estaba cojo, pero eso no parecía dificultar su trabajo ni la fuerza hercúlea de sus brazos. Las cejas espesas y encanecidas le atravesaban la frente y sombreaban unos ojos oscuros, desafiantes. Protegía la pastelería y los comestibles del robo de criados jóvenes y de la chiquillería de la casa. Le teníamos pavor.

Una tarde lluviosa en la que jugaba a esconderme de Piers me quedé encerrada en una pequeña cámara de los dominios del hornero. Me había ocultado tras unos sacos de harina y alguien cerró la puerta. No me atreví a revelar mi presencia cuando escuché las vueltas de la llave en la cerradura ni tampoco después, temerosa del castigo, aunque me sentía asustada, me aterrorizaba estar encerrada en un lugar pequeño y oscuro. Comencé a llorar. Pasado un tiempo que se me hizo eterno, se abrió la puerta y entró alguien. Contuve la respiración y espíe entre los sacos. Era Matt, que empezó a afilar un cuchillo en una piedra; el ruido era desagradable, chirriante. Estaba atemorizada, sólo pensaba que si me descubría me mataría y no volvería a ver a Piers, ni a Ann, ni a Margaret ni a Thomas; me reuniría con mi madre.

Al rato, cesó el ruido y el hornero comenzó a cortar rebanadas de pan blanco, tatareando una melodía dulce. Después la melodía se convirtió en palabras que me resultaron familiares al oído, palabras que nada tenían que ver con el idioma que se hablaba en el país; no era inglés, ni tampoco el castellano de mi infancia. Me hizo pensar en mi madre. De pronto recordé la canción que sonaba, la conocía bien.

Como hipnotizada, me alcé detrás de los sacos. Al oír el suave sonido que produjo al levantarme, Matt se giró y me vio. Me tapé la cara con las manos, pensando que me iba a hacer daño. Los pasos enérgicos del hombre se dirigieron hacia donde yo estaba, un brazo recio apartó el saco detrás del que me ocultaba. Apoyó una gran manaza en mi hombro, después la otra y a continuación me levantó en vilo. Oí una voz gutural que me hablaba en la lengua de mi madre.

—¡Me voy a comer una niña cruda!

Al pronto, noté que los brazos que me sujetaban comenzaban a temblar ligeramente. Retiré las manos de la cara y, al mirar hacia el rostro cetrino del hombre, vi que las comisuras de sus labios y de sus ojos se curvaban hacia arriba.

—¡Señorita Catalina! Todo el mundo os busca.

Me bajó y el temblor, fruto de la risa contenida, se convirtió entonces en una franca carcajada. Su risa alivió algo mi miedo y avivó mi curiosidad.

—¿Por qué cantáis esa canción? —le pregunté.

Me miró afectuosamente, pero no me contestó.

—Sí —insistí—, esa canción la cantaba mi madre.

Aquella nana me había acunado cuando casi no sabía hablar, en casa de mis abuelos maternos en las tierras vascas. Siempre me había acompañado cuando mi madre aún vivía.

—Además, no me llamo Catalina, ¡ahora soy Len!

Siguió callado, a sus ojos se asomó la añoranza de algo que no entendí. De pronto me dijo:

—Ahora en vuestros ojos brilla la rabia que alguna vez aprecié en la mirada de vuestro bisabuelo. Sois la bisnieta de don Miguel de Oquendo, capitán general de la escuadra del Cantábrico, sois doña Catalina de Montemayor y Oquendo.

—¿Conocisteis a mi familia? ¿Sois del país de mi madre?

—Vasco de Donostia.

Me asaltaron mil preguntas pero, antes de que pudiera hacerlas, él me miró con aquellos ojillos chispeantes, tan oscuros que parecían negros. Entonces me habló despacio en una ex-

traña lengua en la que se mezclaban el inglés, el castellano y posiblemente aquel idioma vasco de las tierras de donde ambos procedíamos.

—Me guardaréis el secreto: os callaréis y no diréis a nadie que habéis estado hablando con el viejo Mateo de Aresti... Por mi parte, yo no le contaré a la señorita Maynard a qué os dedicáis vos y el señorito Piers cuando debieran estar descansando.

A lo lejos oí la voz de Piers que me llamaba. Di unos pasos despacio hacia la puerta, de nuevo escuché la llamada, más apagada, de mi compañero de juegos. Al fin salí corriendo a buscarle y, desde las cocinas, llegué hasta el parque, donde le encontré junto al estanque en la parte posterior de la casa. Me hizo señas para que me acercase.

—¿Dónde demonios te has metido?

Le conté mi aventura. Se quedó muy callado. Al acabar, exclamé:

—Se sabe mi nombre completo, Catalina de Montemayor y Oquendo. Aquí, en estas tierras, siempre he sido Kathleen, y para vosotros Len. No sé cómo se habrá enterado.

Él me miró divertido, pronunciando muy despacio en el castellano que aprendía con el señor Reynolds:

—Dona Catalina... Sí, me gusta, suena bien. ¿Cómo sigue?

—De Montemayor y Oquendo. Y es «do-ña».

Él repitió con un acento británico que me hizo reír:

—Do-nna Catalina de Montemayor y Oquendo. ¡Suena imponente! Padre dice que los nombres españoles son rimbombantes, como su imperio. Desde luego, si ese es tu nombre debes de venir de una familia importante. Yo sólo me llamo Piers Leigh. Muy corto, muy poco importante.

—¡No te burles de mí! Y ahora soy Len, soy de aquí, de Oak Park. Ya no me acuerdo de dónde he venido.

Eso no era verdad; por supuesto que recordaba el pasado y de dónde había venido, pero ya en aquella época, cuando habían transcurrido pocas semanas desde mi llegada a la Casa del Roble, quería a toda costa ser una Leigh, no alguien de otra

familia, de otras tierras. En aquel tiempo quería ser una hermana para Piers, luego ya no. Más tarde le amé de otra manera.

Me enfurruñé y crucé los brazos. Piers no me hizo caso y siguió hablando, tan sorprendido como yo por lo ocurrido.

—¡Qué extraño! Los otros criados dicen que el viejo Matt está chiflado.

—Conmigo fue amable, sólo se rió de mis miedos.

—Ha vivido con nosotros desde antes que yo naciera. Dicen que llegó en un naufragio y que mi bisabuelo le acogió. A lo mejor es un espía del rey de España...

—¿Qué va a espiar tan lejos de la corte?

—Quizá las reuniones de la sala Este...

Nos quedamos callados. En una esquina de la casa, hacia donde salía el sol, había un salón no muy grande donde lord Edward Leigh se reunía de cuando en cuando con caballeros de la vecindad o con miembros del Parlamento llegados de Londres. A Piers no le dejaban entrar allí, por eso le obsesionaba aquel gabinete.

—No lo creo, me ha parecido un buen hombre. Los espías son malos.

—Para ti sólo hay buenos y malos —me dijo Piers—, pero yo he aprendido que hay malos que a veces son buenos y buenos que no están a la altura.

En ocasiones las consideraciones filosóficas de Piers me sobrepasaban. «Malos y buenos», pensé.

—Piers, ¿tú crees que yo soy mala?

—Cuando te escabulles, sí que lo eres. Ahora te has portado mal y vas a tener problemas. Mademoiselle Maynard te ha estado buscando, ¿qué le vas a decir?

—Que me perdí.

—Te va a preguntar dónde...

—¡No le puedo decir que me quedé encerrada en las cocinas mientras jugaba al escondite!

—Mi se-nnora do-nna Catalina, os veo castigada en vuestro cuarto durante algunos meses —se burló Piers.

Me enojé.

—¡Da igual!

Sí. Nos daba igual que nos castigasen encerrándonos en nuestras habitaciones, conocíamos bien cómo salir. Los cuartos de los niños estaban situados en el tercer piso de un torreón, de cuando la casa había sido una fortaleza medieval. Las ventanas asomaban a unas antiguas almenas que formaban una gran terraza, la cual constituía el techo de la mansión; a través de ellas podíamos salir y de allí tornar a entrar a través de alguna otra habitación donde no se hubiesen cerrado. Por eso, ser castigados a nuestro cuarto no nos asustaba. Lo único que realmente nos imponía respeto era que mademoiselle Maynard o el señor Reynolds nos amenazaran con encerrarnos en una celda oscura donde había una calavera, abajo en los sótanos. ¡Se decía que era una antigua mazmorra de tiempos de Eduardo III! Thomas y las chicas nos habían asustado contándonos historias de que allí, por la noche, se escuchaban todo tipo de ruidos, gemidos, palabras susurrantes que atravesaban el ambiente. Se decía también que, más abajo aún, en las profundidades de la mansión de los Leigh, en tiempos de la Reforma se había torturado y ejecutado a los frailes de la abadía contigua a la casa, de la que ahora sólo quedaban ruinas. Por ello, algunas noches, sobre todo las de luna llena, sus almas en pena se paseaban buscando venganza. Tras escuchar alguna de estas historias de labios de la servidumbre, Piers y yo no dudábamos de que los sótanos de Oak Park estaban habitados por espectros. Me aterrorizaba la idea de bajar hasta allí, y a él le ocurría algo semejante, por mucho que se hiciera el valiente. Sí, la peor amenaza para nosotros, cuando éramos niños, era ser enviados a la celda de la calavera, y temiendo ese desenlace emprendí rápidamente el regreso hacia la habitación de estudio. Cuando llegamos, nos estaba esperando mademoiselle Maynard, descompuesta por mi desaparición. Me condujo a un pequeño saloncito en la tercera planta y lo cerró con llave.

Por el ventanal entraba la luz del sol de la tarde. Me puse rabiosa; si no me hubiera quedado encerrada en el cuarto de

los sacos de harina y no me hubiesen castigado, tal vez habríamos podido acercarnos hasta la costa, a los acantilados en los que rompían las olas del mar del Norte. Piers amaba el mar, me decía siempre que algún día sería marino y recorrería el mundo... Había navegado alguna vez en un mercante con su padre, se sentía muy ufano de ello. Sí, tal vez Piers ya se habría ido hasta la costa mientras yo estaba allí, encerrada y aburrida.

Para distraerme del tedio del confinamiento, de un estante cercano a la chimenea alcancé un libro. Era el favorito de Piers y mío, un libro con ilustraciones en las que se veían barcos de diversas formas y velamen. Estaba escrito en el idioma de mi madre. Pasé lentamente las hojas: una nao antigua, otra con dos velas que lucía los pendones de Castilla, una pequeña carabela con velas cuadradas, una urca veneciana, el ligero patache, la galera con sus largos remos, un barco que nunca se veía en la costa del mar del Norte.

Giré otra página y allí estaba, el grabado más hermoso de todos. Una nave enorme, con un casco de recio maderamen y un prominente y almenado castillo de popa: un galeón.